

Juventud y violencia

BERNABÉ SARABIA

Se olvida con frecuencia que la violencia ejercida en grupo procura identidad y sentimiento de pertenencia. La repugnancia que experimenta el ser humano ante el daño corporal tiende a ocultar que la agresión proporciona a quienes la ejercen coherencia interna y cohesión grupal, aspectos estos últimos centrales en la formación de la personalidad.

Juventud y violencia constituyen un binomio cuyo mayor o menor desarrollo depende de un conjunto de circunstancias que varían en función de las características de la época. En

España, el asesinato de la subdita dominicana Lucrecia Pérez, cometido el 13 de noviembre de 1992 constituye un punto de inflexión a partir del cual la violencia juvenil no ha hecho sino aumentar. Hoy los indicadores sociales que marcan el crecimiento de la agresividad juvenil están en zona de alarma.

Para entender las formas de salvajismo que afloran aquí y

allá en los distintos estratos de la sociedad española actual es necesario comenzar por resituar buena parte de las explicaciones al uso de filósofos, científicos sociales, burócratas y políticos. Para empezar conviene referirse a un tipo de explicación que ha gozado de gran predicamento. Nos referimos a la vieja tesis conductista de Dollard y Miller según la cual los estados de frustración generan agresión. De este modo, el alcoholismo, la drogadicción, los hogares rotos y en definitiva el desorden o la desviación social conformarían las causas actuales del viejo fenómeno de la violencia juvenil.

«La repugnancia que experimenta el ser humano ante el daño corporal tiende a ocultar que la agresión proporciona a quienes la ejercen coherencia interna y cohesión grupal, aspectos estos últimos centrales en la formación de la personalidad.»

Otros intentos de explicación ponen el acento en un mal denominado "liberalismo" de padres y educadores que por comodidad, dejadez o modo de vida no pondrían límites a la malas o perversas inclinaciones de niños y adolescentes. A ello hay que añadir un modelo de ocio juvenil en el que el alcohol —los adolescentes españoles son los mayores consumidores

en el mundo—, los mensajes televisivos y los espectáculos deportivos constituirían el germen de la violencia. Si el anterior modelo descriptivo pone el acento en la estructura social y cultural como marco explicativo de la violencia —entendida ésta como un mal derivado de la pobreza y de la incultura—, el segundo hay que entenderlo como un estilo de vida que daría lugar a comportamientos de carácter patológico. Así las cosas el primer modelo daría cuenta de la violencia de las clases bajas y de los marginados, mientras que el segundo se aplicaría a la violencia patrocinada por los cachorros de las familias de clases medias y altas.

Pese a que los enfoques anteriores tengan, o puedan tener, validez para analizar el fenómeno social que nos ocupa, existe un horizonte de problemas que incide con especial agudeza en los años subsiguientes a la etapa infantil del ser humano y que con frecuencia pasa desapercibido. Como viene señalando José Luis Pinillos —Gerard Mendel coincide con él pero desde otra perspectiva— en el proceso constitutivo de la identidad personal el desarrollo tecnológico juega un papel de enorme importancia. Asistimos a la imposición de un "ideal tecnológico" que hace de la innovación una pauta deseable en sí misma, dentro del marco de la productividad como norma. Por desgracia este "ideal tecnológico" tiende a imponerse al ser humano obturando buena parte de la experiencia cultural anterior.

Erik H. Erikson en varias de sus obras pero sobre todo en "Identidad, juventud y crisis" plantea el problema que supone el conjunto de tensiones inherentes al cambio acelerado en la constitución de la personalidad. En su opinión ya el niño percibe a través de la madre

los conflictos derivados de un mundo en el que los cambios se suceden a un ritmo demasiado rápido para la capacidad de asimilación del individuo. El adolescente percibe con mayor dolor que el adulto las contradicciones que plantea el progreso técnico en la constitución de la mismidad.

El niño sano que ha crecido dentro de un sentimiento de confianza básica tropieza al llegar a la adolescencia con un cambio de perspectivas. Dicho cambio se desarrolla en una crisis potencial —crisis a la que se refiere Erik H. Erikson pero también, y sobre todo, Juan Rof Carvallo— que puede actualizarse en cualquier momento. La cristalización de dicha crisis no tiene por qué ser catastrófica y de hecho no es en la mayoría de los casos y de las situaciones

históricas. Sin embargo, en épocas de especial sensibilidad y vulnerabilidad social las situaciones de crisis adoptan formas de gran dramatismo tales como suicidios, hechos violentos o ingestión desproporcionada de agentes intoxicantes como la velocidad o las drogas. En esta situación de especial sensibilidad en la que se encuentra el joven se producen momentos en los que la necesidad de afirmar el yo juvenil de forma rotunda de cara al grupo de pares adquiere tintes patológicos. Aquí nace una oposición entre el individuo y el medio que se expresa de muy diversas maneras, una de las cuales —bien presente en el presupuesto de un gran número de ayuntamientos españoles— es el deterioro o la destrucción del mobiliario urbano.

Desde una perspectiva psicoanalítica, Gerard Mendel señala cómo durante la adolescencia se replantea el conflicto edípico y con él la temática del deseo incestuoso hacia la madre y de

«El adolescente percibe con mayor dolor que el adulto las contradicciones que plantea el progreso técnico en la constitución de la mismidad.»



horror a la propia relación incestuosa. A través de su propia crisis de identidad —de su enfrentamiento al padre— y de los distintos ritos iniciáticos el joven debe resolver su conflicto y acabar estableciendo su propia familia. La dificultad actual para Mendel estriba en que en la cultura de fin de siglo se produce una tendencia a identificar el desarrollo tecnológico —la electrónica, los ordenadores—, concebido como algo omnipotente, con el papel de la madre. Identificado el adolescente con esta representación de la esencia materna se encontraría con un padre débil o prácticamente inexistente que en vez de ayudarlo a solucionar el conflicto edípico tendería a volverlo imposible de resolver. Así la agresividad embalsada al no ser utilizada en la resolución del conflicto edípico se desviaría hacia otros objetivos.

El adolescente de este crepuscular fin de milenio, aun cuando tuviera un padre biológico y familiar bien definido, no podría contar con un poder social —trasunto del rol del padre— tal como existía antes, vertebrado por la autoridad social y que se mantenía específicamente paterno. Como viene señalando José Luis Pinillos a propósito de su reflexión sobre la postmodernidad y la quiebra de la objetividad estaríamos ante un problema global, de civilización, causado en gran medida por el desbocamiento de la "sociedad técnica". Con todo, parece evidente que un padre familiar bien dibujado, y que pueda ser visto como ese ideal del yo del que nos hablan los psicoanalistas, constituye siempre una referencia inestimable para un hijo.

No toda situación de conflicto es siempre negativa. En el desarrollo de la personalidad

«El adolescente de este crepuscular fin de milenio, aun cuando tuviera un padre biológico y familiar bien definido, no podría contar con un poder social —trasunto del rol del padre— tal como existía antes, vertebrado por la autoridad social y que se mantenía específicamente paterno.»



adolescente ciertas dosis del mismo resultan beneficiosas porque tienen valor terapéutico. Sin embargo, la crisis de identidad tan presente en los jóvenes y tan beneficiosa en ocasiones puede transformarse en un "ethos" patológico. Impulso vital, tendencia a criticar e idealizar pueden transformarse en radicalismo y fanatismo con facilidad porque los jóvenes tienen la facultad del entusiasmo rápido y desmedido reflejo, por otro lado, de la tendencia que lleva a

los adolescentes a ser movimiento. Su "yo en actividad", en locomoción, les protege del aislamiento.

La violencia juvenil, tanto si está vinculada a deportes como el fútbol, si está unida a determinadas zonas urbanas o si obedece a razones políticas, viene de antiguo. El primer incidente con heridos que se recuerda en un campo de fútbol tuvo lugar el 5 de abril de 1920 en el Ibronn Park de Glasgow. De la violencia de las bandas urbanas dejó buena constancia el seminal trabajo de W.F. White "The Street Corner Society", y de la violencia pegada a la ideología baste recordar lo que fue la II República y la Guerra Civil.

Como ya se ha escrito, la violencia callejera de Jarrai —ha destruido bienes del contribuyente por valor de cientos de millones— se acentuó a partir de la caída de la cúpula etarra en Bidart, sin embargo, cualquier estudioso del fascismo europeo de los años veinte y treinta o quien haya prestado atención a las brutalidades de los jermes rojos sabe que jarrai es un movimiento juvenil violento esencialmente clásico. La verdadera novedad en España la constituyen los "skin heads" o cabezas rapadas y los "punkies". Su análisis requiere otra entrega.

